

MUNDO Y CELDA EN ANGEL J. BATTISTESSA

por DIEGO F. PRÓ

En Angel J. Battistessa mundo y celda se han integrado en la unidad de su personalidad. Hombre de estudio, de cátedra y de libros su vida pudo haber sido vida retirada, vuelta al cultivo de sus gustos y preferencias, tal vez a su salvación personal. Hombre de fervor interior, conversable y dado al trato social pudo perderse detrás de tareas que no estaban cerca de su interés mayor. Ni la celda aislada ni la dispersión en el mundo. Supo conciliar una y otro haciendo pasar su espíritu por el mundo y el mundo por su espíritu. Los ricos elementos que contribuyeron a su formación personal no le fueron regalados por el azar. Se apropió de ellos en su variada actividad literaria aplicada a autores de diversas épocas, de distintos idiomas y de las más diversas tendencias, y aun en sus otras preocupaciones y tareas que le hemos visto realizar a lo largo de estas páginas. Para poseer muchos de esos elementos le eran preciso los viajes, que siempre fueron para él viajes de aprendizaje y de estudios.

Hay viajes y viajes. Los hay que suelen ser en las gentes un episodio turístico, sin que marchen en ellos hacia el tiempo de la historia o hacia el de la conciencia y la vida biográfica. Los argentinos, particularmente los del puerto, han sido siempre muy viajeros. Los hombres de la generación de 1837 viajaron mucho y tuvieron presente en todo momento la imagen de la patria. Las gentes del 80 también navegaron con frecuencia, pero sin que creyeran mucho en los extranjeros. Y hasta hubo hombres importantes, de la vieja cepa hispano criolla, que no sintieron la punzante necesidad de los viajes trasatlánticos. Recordemos a Joaquín V. González, Juan Agustín García y tantos otros. Algunos sintieron la exacerbación trasatlántica y la cultivaron tanto que llegaron a representar un momento de extraversión de la Argentina. Señalemos al novelista Angel Estrada. En nuestro tiempo se produce un fenómeno semejante. Muchos se alzan del país porque no condice con su espíritu o porque sólo quieren estar en él a las maduras y no a las duras. Estas justificaciones son muy pobres para la posteridad, por mucho que muevan el pañuelo desde lejos o desde sus rapidísimas escapadas a Buenos Aires. Será siempre la actitud de los evadidos.

De muy otra manera ha viajado Battistessa. Nunca los viajes se convirtieron en él en un escamoteo de las riquezas contenidas entre las

distancias: las ciudades, el paisaje, los rostros, las costumbres, los usos, las canciones, la cultura de los pueblos. En ellos le han interesado, como él mismo dice, "el *tempo* efectivo de la criatura humana, el que le enriquece la conciencia, y así le *aumenta* la vida aunque no se la *prolongue*, no... el que resta horas al cronómetro; sino el que se las agrega al alma:

Poseo más recuerdos que un
hombre de mil años..."¹

Para enriquecerse interiormente y apropiarse de la riqueza que le brindaba el mundo, Battistessa ha viajado en toda clase de barcos: en los grandes trasatlánticos, rumbosamente, en barcos de carga, en veleros, en buques petroleros... La tierra sigue siendo grande y el único que se ha empequeñecido es el hombre. "...En los límites en que el compás divino lo circunscribe desde los días del Génesis, nuestro planeta es todavía algo *grande*. Supuesto que todo solaz contemplativo le ha sido retirado, el único que en verdad se ha empequeñecido es el hombre. Con muy leves excepciones, ya puestos a deambular por unos confines abstractos y pavorosamente desposeídos, ese hombre prefiere viajar en "las horas del sueño" y no cumplir más etapas que las que se necesitan para beber un refresco"²:

No ha convertido a la Argentina en punto de partida y en punto de llegada de sus viajes. Sabe muy bien que por ese rumbo se puede llegar a ser un hombre de condiciones sociales, de agradable trato y compañía, un verdadero *causser*, pero la obra literaria, si se la hace, quedará en los salones de los trasatlánticos. El peligro de los evadidos lo podemos expresar así: lo argentino está hecho con lo extranjero y quizás lo verdaderamente argentino sea no ser argentino. Battistessa sabe que la Argentina seguirá existiendo, por muchos que sean sus males y defectos, y que hay que trabajar en ella siquiera sea pensando en quienes lo hacen sufriendo y soñando, sin eco, y en quienes van dibujando su geografía estética desde sus corazones argentinos. Nadie se opone a los viajes al extranjero, siempre que en alguna medida sean viajes hacia el tiempo histórico y las fuentes de la cultura. Hay que saberlos merecer y la única manera de merecerlos es llevar de alguna manera a Europa dentro del alma, para reconocerla y reencontrarla en el paisaje, el corazón de las gentes, la tradición y en el mismo torbellino de la vida actual de sus pueblos. Allá es más fácil reencontrar que encontrar y acá es más difícil reencontrar que encontrar porque América está casi inédita. Pero, en cambio, allá la vida no es estorbada.

En sus andanzas y viajes Battistessa ha recorrido Europa y buena parte de América, Chile, Uruguay, Brasil, Colombia. Se ha dado tiempo para recorrer la Pampa, Cuyo, el norte, la Mesopotamia, la Patago-

¹ Angel J. BATTISTESSA: "Pierre Loti y los paisajes argentinos australes". En el diario *La Nación*, 31 de diciembre de 1950. Buenos Aires.

² Angel J. BATTISTESSA: "Pierre Loti y los paisajes argentinos australes". Artículo citado.

nia, los canales fueguinos... En sus viajes por la Argentina se aferra a las cosas elementales, coloridas y sabrosas de la tierra. Va hacia el paisaje, los cielos, los árboles, los colores, las cosas, los rostros, las gentes. Sabe de los aspectos telúricos y singulares de nuestra tierra y los reconoce reflejados en las letras argentinas: la montaña, el río, el mar, la llanura, el bosque... Sabe de pájaros, de piedras, de flores, de hombres, de mujeres, de niños. Y aunque viaje solo junto a la ventanilla de un tren, un mundo de belleza y de encantamiento lo acompaña siempre.

Como también sabe que sólo hace justicia la buena página impresa, y que lo demás casi siempre se lo lleva el viento si no cae en corazones fuertes, de tanto en tanto da de sí algunas páginas que quedan más allá de sus fatigas de viajero incansable. Son páginas jóvenes, suscitadoras, trazos de un posible "retrato" literario de la patria, con todos aquellos elementos transfigurados literariamente. Por ellas pasan el gaucho, la estancia vieja y nueva, algún poeta imaginero de la patria, los canales del sur y mil aspectos de la "geografía literaria argentina", como él gusta llamarla. Tal vez alguna vez logre dibujarnos todo el perfil literario de la patria, aunque ello está lleno de dificultades. Esto no es Europa y hay que hacer el papel de precursores en casi todo.

De estas andanzas argentinas y de sus nostalgias de otras orillas y de otros tiempos, transfiguradas líricamente, nos dice algo un poema de Fernando Moglia, hombre joven todavía, de amplia cultura y poeta de acento original y nuevo, que reside en la ciudad de Bahía Blanca. Sólo fragmentariamente, y es lástima, podemos transcribirlo:

LA INSLA DE LAS BRUMAS ³

Para Don Angel J. Battistessa

.....

Luego el maremoto del inmemorial ferrocarril
gauchesco,
Sobre las despavoridas llanuras, caballos y poblachos
chatos,
De provincia.
El pito aullador con su colmillo de hiena chillona,
El ciempiés de mil ruedas locas y soplos pulmónicos.
Y el negro oboe de su vientre comedor de truenos;
¡Desde Buenos Aires,
Cosmópolis,
Hasta la Universidad del Sur!

Don Angel lee lúcidamente a sus autores predilectos.
Goethe, Rilke, Péguy, Proust, Claudel...
Un poco de Dante, Baudelaire...
¡Entre tantos!

³ Fernando MOGLIA: *Flor y Piedra*. Buenos Aires, Edición Francisco Colombo, 1959.

El trac-trac de los rieles hace como íntimo al tren...
 Un trozo de pampa cruda muestra su vientre verde,
 Sus ojos compara las bellas tierras de Provenza,
 Las villas de Metz,
 Las haciendas de Orthez,
 Los desiertos de Arabia o Arizona, y quizá diga:
 ¡Esta es la Tierra Prometida!
 Un trozo de pampa muestra su vientre verde,
 Y en él,
 Tórrido de fecundidad, brotan las gloriosas espigas
 como
 Chaparrón verde de una lluvia de la tierra.
 Más allá,
 Muge la buena lechera
 De Holanda, país calmo, habitado por la paloma.
 ¡Oh! ¡Tened fe, en esta tierra del Futuro!
 Semilla, en ti está el árbol.
 Piedra, en ti duerme la Pirámide, la Torre, el
 Rascacielo.
 Niño ignorado: tú serás algún día: El hombre...
 ¡Oh! ¡Tened fe!
 ¡Tierra áspera, viento salvaje!
 Campesinos sencillos y rotundos como una égloga
 ruborizada;
 Como la redondez roja de una manzana,
 En medio de la sabia sobriedad de la rústica mesa
 provinciana.
 ¡Un grito salvaje en la música de las llanuras!
 Grandes poemas de bruma, con sus recuerdos de
 Londres,
 Sacuden la cabellera del pensador...

A Europa ha viajado Battistessa una docena de veces. Su segundo viaje lo hizo en su carácter de becario de la Universidad de Buenos Aires, en el año de 1928. Todavía recuerda algunas circunstancias de aquella navegación. Ortega y Gasset volvía a España en el mismo barco, en el *Cap' Polonio* luego de sus conferencias y cursos en Buenos Aires y ciudades del interior. En el trayecto hasta Lisboa, Ortega fue pródigo en pensamientos selectos. A media mañana le solía decir al joven universitario: "Vamos arriba, donde el barco deja de ser hotel y es realmente barco". Todo era nuevo, intenso, todo pasaba por la sangre de Battistessa estremeciéndola. Hubo un momento en que, mientras descubría con avidez colores en el cielo y el mar, le preguntó al maestro español: ¿Por qué no nos fatiga el mar? "No es una pregunta de filólogo", le respondió aquél. "Es de metafísico". Y recordó a Schiller cuando decía que ni el mar ni el niño jugando cansan. "Cuando usted llegue a París y en algún boulevard se ponga a esperar el color del sombrero o del vestido de la próxima mujer que dará la vuelta en la esquina, tendrá la respuesta. Son imprevistas, inesperadas, deliciosamente incontrollables. Y con el mar acontece lo propio. Usted espera una ola por aquí y aparece por allá, desviándose en su desmadejamiento blanco y verde. Es el acontecimiento de lo que va a acontecer. Vivir el acontecimiento de lo

que está por ocurrir". Una mañana, mientras contemplaban cerca de Santos un océano manso, de un azul inenarrable, con peces de aletas azules y cola de oro, subió a lo alto del barco una vistosa mujer joven, que llevaba un vestido verde limón. Y Ortega exclamó: "¡Ah, cómo se abre, cómo se acidula la mañana!" En Río de Janeiro, con sus playas flanqueadas de rascacielos y la ciudad oliendo a viajes y fantasías, Ortega no quiso bajar a tierra: "No bajo en ciudades escenográficas". Y en las Islas Canarias, en un atardecer de sol brumoso, con un mar hecho polvo y luz, se puso a recordar la adjetivación del mar en Homero.

En ese mismo viaje conoció en Hendaya a otro gran español, a Unamuno en su destierro. El mismo Battistessa ha contado el encuentro en página casi ya olvidada. A manera de saludo a Francia había visitado la casa de Pierre Loti en aquella ciudad pirenaica y luego se encaminó hacia el café de la plaza donde solía ir por las tardes el humanista español. He aquí la semblanza:

"Conversa con espontaneidad, con entusiasmo, y de todo. En cambio no habla de política, ni alude a los últimos acontecimientos, ni a los mil rumores halagüeños que llegan de la Península, y que acaso no conoce todavía. De nada parece servirme esa desfachatez preguntona y periodística que hasta los más tímidos sabemos adoptar frente a los grandes hombres. En vano trato de sonsacarle un apóstrofe vibrante contra los que coartan las libertades de las personas dignas. Esta tarde, Unamuno no quiere ser ante mí —que no soy más que un estudiante— sino lo que él es fundamentalmente: un humanista y un maestro. Por eso me habla de literatura, de historia y de filología. . . Ahora, mientras me acompaña a la estación, le adivino añorar a su España. a esa España esquiva que yace ahí, tantálidamente recostada sobre la otra orilla del río. Con una tristeza que me exalta y descorazona, le escucho decir cosas de su Salamanca, de su Universidad y de sus muchachos. Evocar su casa, memorar sus hijos, echar de menos su nieto"⁴.

En París Battistessa siguió un curso sobre "Le roman de la rose" con Gustav Cohen, el famoso renovador o actualizador del teatro medieval francés. En la misma Sorbona estudió el siglo XVIII con Mornet, uno de los más brillantes discípulos de Gustav Lançon, a quien por lo demás conoció y trató. Asistió además a un curso completo de uno de los más extraordinarios lingüistas franceses, Brunot, sobre la lengua durante la Revolución Francesa. Y con Paul Hazard, a quien había sido recomendado por Farinelli, prosiguió estudios de literatura comparada. De todos ellos conserva recuerdos imborrables. Y de sus años en París publicó algunas crónicas en la revista *Síntesis* de Buenos Aires.

En Alemania, que recorrió por entonces en su conjunto, sus estancias más significativas las hizo en Leipzig, donde conoció y trató a Driesch; en Munich donde tuvo ocasión de tratar de cerca a Gundolf; en Heidelberg, a August Mayer y a Carlos Vossler, grandes maestros de la crítica, la lingüística y la filología de ese entonces.

También se dio tiempo para conocer Italia, la tierra de sus mayores.

⁴ Ángel J. BATTISTESSA: "Mi tarde con Unamuno". En la revista *Síntesis*, año IV, junio de 1930, N° 37, págs. 8-II. Buenos Aires.

Allí estudió literatura comparada con Arturo Farinelli, quien lo recibió durante una larga temporada en su casa, cerca del lago de Como, en un marco espléndido de paisaje y de estudios. Conoció de cerca el desarrollo de la lingüística y la filología espiritualista que impulsaban Benedetto Croce y sus discípulos en la afamada revista *Crítica*, que Battistessa leía desde sus años de estudiante en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires. Muchas cosas le conmovieron en Italia: sus ciudades, sus bibliotecas, sus museos, sus grandes creadores, su arquitectura, sus universidades, su pueblo. Pasemos... Todo esto pediría un libro.

Ha vuelto a realizar sus viajes a Europa una y otra vez. Se le han tornado indispensables. De tanto en tanto no puede con su nostalgia irreprimible y se marcha a España, Francia, Inglaterra, Alemania, y los indispensables días en Italia. Vuelve abastecido y renovado de sus navegaciones, que son siempre de estudios. Ha participado con trabajos y disertaciones en congresos internacionales como el convocado para tratar los problemas de la poesía por el "International Arts-Guild" de Londres, en 1950, en jornadas del "British Council" en Londres, para el estudio de las influencias inglesas en la literatura argentina, en 1948; en el Congreso Internacional de Literatura Comparada de Utrech, en 1961; en el Congreso de Instituciones Hispánicas para la consideración de cuestiones filológicas y lingüísticas, en Madrid de 1963; y en cursos de literatura argentina dictados en la Sorbonne, en Oxford, en Roma.

Ha sabido evitar el riesgo del cosmopolitismo que asedia a todo escritor argentino, según el mismo Battistessa lo reconoce: "¡Dura, dura y de corto resuello esta lucha nuestra del que sin hurtarse al reclamo de las grandes voces remotas quiere poner en fuga a los incontables fantasmas, prestigiosos pero paralizantes, de un cosmopolitismo aquí dos veces aciago, pues o nos enmascara lo universal o nos despega de las tradiciones locales genuinamente monitoras!"⁵. Muy porteño en todo, Battistessa ha sabido también apropiarse y señorear de todos los elementos afirmativos para su personalidad que el mundo y las circunstancias históricas le han ofrecido. Desde dentro de sí se ha adueñado del rico material estimulante de su vida, lo ha asimilado, asumido y transformado en actividad, acción y obras bien hechas, y con ellas su personalidad se ha ido haciendo y dibujando a la vez en la cultura argentina. Para conseguirlo ha tenido que ser al mismo tiempo hombre de celda y de mundo, solitario y viajero, persona y personalidad.

EL HUMANISTA CRISTIANO —

En el ya extenso itinerario de estas páginas creemos haber develado las líneas directrices de la vida y la obra de Angel J. Battistessa. Las reconocimos como *leit-motiv* en el desarrollo y hasta en la dispersión aparente de una y otra, a partir de sus primeros años: los elementos

⁵ Angel J. BATTISTESSA: *Advertencia a sus "Seis relatos" de Güiraldes*. Editorial Perrot. Buenos Aires, 1957.

formativos de su educación, la influencia familiar, su disposición cristiana de alma, su vocación literaria, su frecuentación de las otras artes, su labor docente y de investigación, su gusto de la naturaleza, su magisterio y su suscitación de rumbos particularmente entre los jóvenes, su vocación viajera y de mundo, su amor a la celda. Todas estas tendencias de su alma y los correspondientes comportamientos de su vida se anunciaban en su infancia un tanto paradisiaca, y se fueron desplegando, componiendo y adquiriendo unidad a medida que, con los años, su personalidad fue adquiriendo el aplomo de la madurez.

Battistessa ha realizado su vida y su obra sin prisas, pausada, constantemente. El hombre no es cosa ninguna; es un drama, decía Ortega y Gasset. ¡Gran verdad! Para formar la propia vida personal no hay medida de tiempo. Los variados y diversos elementos culturales que han ayudado a su formación dependían en parte de su libertad y en parte de sus condiciones espontáneas, del mundo y de su época. No apuraba el proceso de unificación en él de esas experiencias, porque a la postre la vida humana no es una obra de arte. Se complacía en ir *viviendo* los problemas que le iba planteando el desarrollo de su vocación y la asimilación de los diferentes materiales de su aprendizaje de hombre culto. Toda su labor ha sido como el florecimiento de su vida, de su personalidad. Lo importante, según suele decir él mismo, no es salir antes, sino partir a punto. Sus páginas no nacieron nunca de una disciplina exterior o de urgencias editoriales. Sus libros, ensayos, artículos, traducciones, notas y escolios fueron por decirlo así obras de amor y llegaron cuando debieron llegar, y seguramente en una medida muy inferior a la que hubiera alcanzado su labor de escritor si ésta la hubiese realizado un profesor de energía... La actitud de Battistessa ha coincidido con la que él le atribuye a Rilke: "...un año no cuenta y diez años no son nada. Ser artista es no calcular y no contar; es crecer como el árbol que no apresura sus savias y que permanece, confiado, entre las rachas de la primavera, sin temor de que no pueda llegar otro verano. Llega, sin embargo. Pero sólo llega para los que tienen paciencia y viven despreocupados y con holgura como si toda la eternidad se extendiese ante ellos. Lo aprendo todos los días: lo aprendo en medio de dolores que agradezco: paciencia es todo"⁶.

El principio de la sintaxis anímica de nuestro biografiado es su humanismo cristiano. Si se olvida el centro de irradiación de su personalidad, los otros aspectos, que pueden seguir siendo valiosos en sí mismos, se fugan y dispersan y pierden su sentido profundo, su inserción humana y humanizante. En él la filología, la lingüística, la crítica literaria, la frecuentación de las artes, la poesía, los viajes, la sensibilidad, la inteligencia, las preferencias y la acción no se han desarrollado unilateralmente, al margen del hombre o contra el hombre, sumergiéndolo

⁶ Ángel J. BATTISTESSA: *Rainer María Rilke: Itinerario y estilo*. Cap. I, Pág. 30. Edición Ollantay. Buenos Aires, 1950.

o deshumanizándolo. Son siempre actividades humanísimas, humanidades, devolviendo a esta palabra su sentido originario. Todas ellas se armonizan y componen y se cargan de cálida espiritualidad, dejándonos la impresión de una vida ocupada y completa. Battistessa no atribuye esas calidades a mérito personal, sino a la Gracia. Y suele recordar alguna página de Chesterton que atribuye estos valores a Dios.

La poesía y las letras en general son para él una vía humanizante, uno de los caminos del humanismo cristiano. Ayudan a ir de lo visible a lo invisible, según dice el Salmo 18. El poeta es un ser disgustado y gozoso que barrunta un mundo mejor y quiere ir a él. Aun en el mal el hombre siente la nostalgia del bien. No es la poesía un mero pasatiempo destinado a expresar sentimientos comunes. El mismo Víctor Hugo, que era un tanto sonámbulo en su labor de creación literaria, sentía que algo desconocido e inmaterial descendía sobre él en sus horas de fecundidad poética. Como señalamos en su lugar, en su tarea de crítico, escoliasta, traductor e iluminador de textos poéticos, Battistessa ha sabido involucrar variados modos de poesía, tendencias, épocas e idiomas, desde la poesía que se hace con la pura sensibilidad, el fantaseo y la travesura verbal, hasta la que se elabora con la inteligencia y sus rigores, y la más alta de la fe y el fervor religioso. Sensibilidad, inteligencia, fe: grados o etapas de su humanismo cristiano.

Lo propio le ocurre al frecuentador de la música, el teatro y la plástica. Los grandes artistas son en cierto modo una prueba de la existencia de Dios, aunque a nadie se le haya ocurrido mencionarla en los tratados de teología. La música de Bach reúne todos los rasgos del humanismo cristiano para su época y su país. Tiene sonidos de encantamiento, que reflejan los giros de la danza, el hechizo de la naturaleza, el rumor del bosque, el calor de la vida familiar y la comunicación del alma humana con Dios. Battistessa recuerda aquí el aria del Gólgota, que traduce la oración de la Madre ante Cristo en agonía, y la paz del justo en la tumba. No hay sonido, no hay color ni palabras que posean la dignidad que consagra el canto gregoriano, cuando Cristo levanta las manos ante el misterio que lo extasía, pero demasiado alto para que pueda ser aferrado en el arrebato musical. De parecido modo se comportan los grandes creadores de la pintura, el teatro, la escultura y las demás artes. Sus estudios y frecuentación de los grandes artistas y sus obras estuvieron siempre orientados por esas motivaciones profundas, que sitúan al hombre entre las criaturas más altas de la Creación. Y por eso no ve Battistessa con buenos ojos que algunas corrientes actuales huyan del hombre y no quieran tener trato estético con él.

Su vocación y actividad docente no muestran un acento profesoral y cernidamente profesional. También ellas son manifestaciones del humanismo cristiano de nuestro biografiado. De ellas se ha dicho no sin belleza: "Como la vaina dehiscente que guarda en su seno la maravilla germinal del fruto, la cátedra es la dehiscencia de su corazón de artista que busca en la elocuencia de la lección, el medio propicio de darse pródigamente". Así se comprende que después de cuarenta años de docencia

secundaria y universitaria, de tanto transitar por aulas y salas de profesores, de mucho leer y de mucho hablar, de corregir tanto papel escolar y de llenar tanta planilla burocrática, continúe aún con el mejor ánimo y disposición y la misma capacidad de diálogo de sus años juveniles.

El inolvidable poeta Baldomero Fernández Moreno trató a Battistessa aun muy joven en la tertulia de la señora Nieves Gornet de Rinaldini y nos ha dejado una bella semblanza donde despuntan los rasgos humanísticos de Battistessa. Hela aquí⁷:

Ángel J. Battistessa,
para mí un adolescente,
tiene la voz de susurros,
las manos casi celestes.
Yo ya las veo asomadas
a un hábito penitente,
dando vueltas a un infolio
que en un facistor florece.
Cuando apunta con el índice,
y el apuntar es frecuente,
es dedo sobre la llaga,
y ésta y aquél se merecen.

Sobre el humanismo, no ya en lo personal, sino en sutil cuerpo de las ideas, Battistessa posee mirajes propios. El humanismo clásico que ofrece como ideal de hombre el de la antigüedad clásica y la paideia greco-romana, le parece demasiado limitado en las presentes circunstancias del mundo. No niega que continúen siendo raíces históricas fecundas del humanismo europeo y atlántico, pero necesitan ensancharse con otros contenidos más actuales. El humanismo del Renacimiento, de los humanistas de Italia, es demasiado parcializado: desconoce el Oriente y la Edad Media. El llamado humanismo moderno, que se nutre con las letras y la cultura de las naciones modernas, se torna unilateral y limitado cuando se contrapone a las viejas raíces griegas, romanas y cristianas. Otro tanto ocurre a los llamados humanismos existencialistas y marxistas. Éstos a la postre ponen un límite o tope a los aspectos más altos de la vida humana, desgarran la conciencia en cuanto vedan el horizonte de la trascendencia y dejan únicamente las metas personales, sociales e históricas. Son humanismos agnósticos.

Battistessa se sitúa en el humanismo cristiano universal. Católico significa universal. Este humanismo involucra todo lo humano, no se limita ni se parcializa, no desconoce a los pueblos que actualmente son próximos geográfica e históricamente y que en centurias pasadas eran recíprocamente remotos. Atiende al hombre de ayer, de hoy y de siempre. El único mandato de Cristo y el humanismo cristiano es el de "amaos los unos a los otros". La oración primera del cristiano comienza diciendo: "Padre nuestro" y no "Padre mío". Todos los hombres son hijos de un Padre común, el europeo y el americano, el asiático y

⁷ Baldomero FERNÁNDEZ MORENO: *Dos poemas*. "La tertulia de los viernes". "Epístola de un verano". Edición "El Ateneo". Buenos Aires, 1935.

el africano, el de Oceanía y el Artico; el obrero y el industrial, el artista y el religioso, el técnico y el científico, el político y el filósofo.

Naturalmente, el humanismo de Battistessa reposa en la cruz y la trascendencia divina (que distingue del signo más y el fariseísmo político). Alguna vez escribió estas palabras: "porque sólo en los momentos de angustia, alguien está cerca de nosotros. O, mejor dicho, somos nosotros quienes ya acertamos a acercarnos a Él, a participar de Él, a ser sus "miembros" según la nomenclatura místico-teológica. Es terrible, sí, pero no creo que haya mayor grandeza ni modo más seguro de afirmar nuestro ser, esto es, nuestra libertad, sino utilizándola para aceptar nuestra parte de cruz, para acrecerla y magnificarla. Y aumentar la Cruz —agregar "lo que faltaba a la Pasión de Cristo"— es planificar el irrecusable misterio de la redención de las criaturas. Pensemos en el dogma de la Comunión de los santos. Cuando de sacrificio se trata, nada es inútil, porque lo que no nos alcanza a nosotros se allega a los demás, y de ellos algo refluye al fin hacia nosotros. Sólo esa comunidad infrangible y asentada en el dogma puede explicar esta paradoja. En el dominio del Espíritu nuestro patrimonio es común, y no hay segundones en el reino del Padre. Y luego todo termina por aclarársenos y por sonreírnos hasta sobre esta pobre tierra, que no es —ni puede ser— sino un valle de lágrimas. Y hay que esperar en el tiempo. Y sobre todo hay que esperar en la eternidad. A veces Dios difiere el escuchar a sus criaturas, el darles su paz, pero al fin, cuando las oye, ello es para colmarlas de su infinitud y de su gloria. Por eso "la fe que Él más ama es la Esperanza". Y hay que esperarlo todo, plenariamente. Con sólo esta "dialéctica" —la esperanza— Dios depone su hosca omnipotencia para no ser ya sino misericordia. Y que los filósofos sigan discurrendo...". Este humanismo tiene que dar de sí según sean las circunstancias históricas y culturales. Fray Luis de León, gran humanista español, que manejaba el hebreo, el griego y el latín, escribía en castellano para atender a sus circunstancias y vivía su humanismo, universal para su época, según le era posible vivirlo y comunicarlo.

Battistessa vive su humanismo dentro del círculo de sus circunstancias de tiempo y de país, sin anacronismos ni ranciedades. Vuelve a lo simple, sencillo y esencial evitando siempre las unilateralidades y las distorsiones profesionales, científicas, sociales o de otra clase. Le interesa el "hombre-alma" y no el "hombre-objeto". En el universo nada actúa aisladamente, todo discurre según una realidad superior, todo se comporta. La vida no es una serie incoherente de gastos vagos e inconclusos, sino un drama preciso que tiene sentido y desenlace. Con Ortega y Gasset recuerda que "cada vida es un punto de vista sobre el universo y cada individuo es un órgano insustituible para la conquista de la verdad". Todo lo que va al tiempo necesita tiempo y lo que se haga hay que hacerlo con amor y para todos.

Su humanismo presupone el humanismo clásico y tradicional, el humanismo europeo, moderno y atlántico, pero en las presentes condiciones del mundo hay que integrarlo con la idea de un humanismo de

base universal. Muchos pueblos y sus gentes, que en la antigüedad la Edad Media, el Renacimiento y los siglos modernos, eran recíprocamente extraños, se han tornado cercanos por obra de la técnica y de la conciencia histórica de estar viviendo cada vez más como ramas de la misma humanidad. Hay varias culturas antiquísimas que han sobrevivido hasta nuestros días y poseen preciosos contenidos humanísticos. Fuera del humanismo clásico occidental hay que mencionar los humanismos de las culturas hindú, hebrea, árabe y china. Quizá el punto de encuentro de estos humanismos puedan ser sus cosmovisiones religiosas, si es que en ellas aparece algún punto común. "A la presente hora del mundo —escribe Battistessa— sólo importa ese humanismo y no cabe interesarse sino por esas humanidades. Lo demás es menuda gesta pedagógica, opacamente rentada, erudición ornamental o vistoso discreto mundano"⁸. Aunque también pudiera ocurrir que el cristianismo y su humanismo, que es universal por su esencia, se trocara alguna vez universal por su existencia y su realidad y vigencia históricas. Pero es el caso de que no disponemos de ningún futurómetro y no deseamos convertinos en profetas del porvenir humano.

Queremos señalar, finalmente, que Angel J. Battistessa pertenece a una generación de la cultura argentina, la de 1925, que ha tenido un marcado acento de diálogo en su quehacer espiritual. Sus hombres fueron casi siempre hombres de erudición, de cátedra y de intercambio de ideas. Han vivido un poco de espaldas al sentido pragmático-social de la cultura que tuvieron los hombres de la generación que los precedió, la 1910 o del Centenario. Estos últimos creyeron siempre en la eficacia social de la personalidad y en su capacidad de irradiación. Influyeron en el país como hombres públicos, se convirtieron en maestros de juventud, construyeron su escenario histórico y fueron protagonistas. Cuando dejaron de irrigar culturalmente fueron cáscaras de sí mismos. Los hombres de la pléyade de 1925, por lo común dejaron pasar delante suyo al político, al comerciante, al futbolista, al sacerdote. No tuvieron una interpretación pragmática de la inteligencia y el espíritu humano. Battistessa fue uno de los pocos en su generación que supo encontrar un camino distinto: ni pragmatismo cultural ni salvación espiritual en la vida privada. Se proyectaba siempre en el alma de los demás, sin propósito político-social, para ayudar al prójimo a remontar su espíritu dentro del humanismo cristiano. Transitaba fiel a sí mismo por los más diversos ambientes y lugares, desde las academias hasta los centros de obreros y corros de estudiantes, desde Buenos Aires hasta las más modestas localidades de la Nación, sin enajenarse en limitaciones de ninguna clase. Un pensamiento que gustaba repetir, presidía todo su empeño de humanista cristiano: "Los molinos de Dios muelen lentamente; ¡pero muelen!".

⁸ Angel J. BATTISTESSA: Valery Larbaud. Revista *Logos*. N° VII, Año IV. Pág. 80. Buenos Aires, 1945.